

MARTÍN AURELL: *La vielle et l'épée. Troubadours et politique en Provence au XIII siècle*. Aubier. Collection Historique, 1989, 379 págs.

Dentro de la lírica provenzal se conoce como *sirventés* a la canción de contenido político o moral que se divulgó durante los siglos XII y XIII. Algunos de los trovadores más importantes se dedicaron a exponer en sus canciones desde los problemas personales y domésticos del señor feudal hasta momentos trascendentales de política internacional. El *sirventés* surge, por lo tanto, a raíz de una situación o acontecimiento concreto, y como se ha de componer y divulgar enseguida para mantener viva su actualidad, se «sirve» del estrofismo y de la melodía de una *cansó* ya conocida, que facilite el aprender con rapidez la nueva letra y que no cueste de recordar. La canción se transforma en un eficaz instrumento para la difusión de ideas actuales, y si por un lado es efímera, por otro constituye un testimonio histórico.

Los trabajos de los romanistas, concretamente de los provenzalistas, ya habían insistido en la ayuda que aportaba el *sirventés* para ceñir una cronología y comprender determinadas alusiones y actitudes políticas. Trabajos rigurosos, para los que se habían consultado fuentes históricas y archivísticas, pero que quedaban aislados en las ediciones de determinados trovadores o en estudios particulares, por lo que constituían el testimonio de una sola voz y además quedaban reducidos al ámbito de la filología. El libro de M. Milá y Fontanals *De los trovadores en España* (1861) ofreció una serie de datos importantes y nuevos acerca de la fundación de algunos trovadores que, en determinadas cortes, dieron a sus canciones un contenido político y circunstancial de acuerdo con las ideas de su señor. Se evidenciaba, pues, que el trovador no representó únicamente una diversión o un lujo sino que también ejerció la importante misión de portavoz de la corte. Esta nueva visión de algunos textos trovadorescos quedaba recogido, entre otros, en el libro de V. De Bartholomaeis *Poesie provenzali storiche relative all'Italia* (1931) que, significativamente, formaba parte de la colección «Font per la storia d'Italia». Pero, en general, el *sirventés* no había sido valorado por la mayoría de los historiadores pues consideraban poco fiables las fuentes literarias, y menos aún las canciones.

Martín Aurell con su libro *La vielle et l'épée. Troubadours et politique en Provence au XIIIe siècle* rompe con estas reticencias. Su formación de historiador medievalista, primero en Barcelona y luego en Aix-en-Provence y en París, le ha animado a acercarse al *sirventés* como apoyo en la investigación histórica y demostrar su excepcional interés con valentía y seguridad, pero también con cautela y rigor. Como poesía que se cantaba ha visto la fuerza psicológica de las palabras —rima, el valor descriptivo de los adjetivos, y la eficacia de la música para ayudar a la memorización. Pero sin dejarse engañar por el atractivo de la poesía y del prestigio de sus autores ha ido comprobando las afirmaciones de los textos líricos con la documentación archivística: de la lectura directa de los cancioneros a la de los cartularios, de las ediciones y ensayos de los filólogos al documento de cancillería. Este compromiso con las fuentes históricas ha obligado a M. Aurell a variar alguna fecha, alguna identificación y el sentido de algunos versos.

Martín Aurell ha escogido para su investigación un importante período de la historia de Francia que tuvo gran repercusión en la Corona de Aragón, tan vinculada a los señoríos del mediodía de las Galias y con importantes compromisos con la corona de Francia. A partir de los primeros años del siglo XIII los franceses, es decir, las tropas del rey de Francia, se dirigieron a los territorios del sur, enmascarando los saqueos, incendios y combates con la excusa de cruzada contra la herejía albigense. Si la primera irrupción fue rechazada, aún a costa de grandes pérdidas, en 1226 con la conquista de Aviñón, Tolosa y la anexión a la corona francesa de varios principados, el dominio francés fue ya un hecho. Pero no sólo fue la guerra quien logró que en 1262 la incorporación de los territorios del mediodía de las Galias a la corona francesa fuera definitiva, sino también una hábil política matrimonial por la que los hermanos del rey de Francia, Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou, se desposaron con las hijas del conde de Tolosa y del de Provenza, respectivamente.

Los trovadores de aquellos años, algunos nobles, como Gui de Cavaillon, Bonifacio de Castellana o Bertran de Lamanon, no sólo se comprometieron con sus *sirvientes* a la defensa de Provenza, sino que además con las armas; y también lo hicieron los trovadores de oficio, adscritos a alguna corte determinada, como Paulet de Marselha, Aimeric de Péguilhan o Peire Bremon Ricas Novas, entre otros. En sus canciones increparon a los franceses, animaron a los provenzales a luchar y también a resistir, acusaron a la Iglesia de excesiva politización, entre otras cosas: presionaron a los reyes de la Corona de Aragón y de Inglaterra recordándoles sus compromisos, a veces con duras palabras; silenciaron significativamente algunos nombres y personificaron las actitudes políticas para que el pueblo se identificara mejor con los partidarios. Sus canciones son, pues, vibrantes y apasionadas unas veces, desesperadas y amargas, otras, porque es su país, su lengua y sus intereses los que están en juego. También se observa algunas veces, ciertas incoherencias en las ideas políticas, fruto, quizá, de la urgencia de la composición, lo que plantea problemas de comprensión.

Para aclarárnoslos, para resolverlos, ha escrito su libro M. Aurell. El historiador lo divide en tres períodos que corresponden a otros tantos en la historia de Provenza y de Francia, y que también supusieron una importante evolución en el estatus social de los trovadores.

El primero (pp. 31-94), corresponde a la regencia de Sancho de Provenza (1209-1216) y la llegada de Simón de Montfort y sus «cruzados» al mediodía de Francia, para combatir la herejía albigense. En esta época se alza la voz y la espada de G. de Cavaillon, vizconde de Cavaillon, defendiendo a Raimon VI y a la casa de Tolosa, y las de Tomier y Palazí, caballeros de Tarascón, especialistas en la guerrilla urbana, que animan a los provenzales a mantener la independencia de sus tierras y a combatir a las huestes de Simón de Montfort. Pero también nos revelan sus *sirventeses* los conflictos internos de Provenza: la prematura desaparición de Alfonso II y de Pedro el Católico, el confinamiento de los futuros Jaime I y Ramón Berenguer V y una creciente hostilidad hacia el regente Sancho, al que responsabilizan de las incansables luchas internas e incitan a los provenzales al levantamiento. En esta primera etapa ya se observa en las canciones el sentimiento de aversión y desconfianza hacia la Iglesia como institución, y hacia los clérigos que olvidando su vocación espiritual hacen política a favor de los franceses.

El segundo período (pp. 95-150), corresponde al del reinado de Ramón Berenguer V (1216-1245) que fue de gran esplendor para la lírica provenzal. Trovadores procedentes de la pequeña nobleza, como B. de Lamanon, Sordel o Blacasset, alternan los elogios con las críticas al rey, manifestando unas veces decepción, otras agresividad y también una admiración cada vez mayor hacia el conde de Tolosa, Ramón VII. «Libertad de expresión» llama M. Aurell a esta volubilidad en las ideas, pues no dudan en criticar a su señor cuyas tácticas políticas han decepcionado, y en elogiar al de Tolosa en el que encarnan todos los valores caballerescos y corteses.

Los trovadores de oficio, acogidos generosamente en la corte de Provenza y a veces llamados juglares (delimitación terminológica que causó entonces y sigue causando algunos problemas), se muestran también duros en las acusaciones a su señor, pero no hacen más que decir en voz alta (cantar) lo que todo el mundo murmura por lo bajo. El gran interés de este capítulo está en que se muestra con evidencia que, a partir del siglo XIII y precisamente en la corte de Ramón Berenguer V, aparece un importante grupo de trovadores profesionales, es decir, remunerados, de origen modesto, que llevaban una vida errante y que están a merced de sus protectores. Serán los sustitutos de los señores-trovadores, de los caballeros, como G. de Cavaillon y los anteriormente citados, a quienes los cambios políticos y sociales han arrebatado una buena parte de su poder y de su fortuna.

El capítulo tercero (pp. 151-232), está ocupado por el reinado en Provenza de Carlos de Anjou (1245-1285). Con la llegada en 1246 del angevino a Provenza, gobernada durante siglo y medio por los condes de Barcelona, los intereses de la política francesa se dirigen a la expansión en el Mediterráneo. Las voces de los trovadores son unánimes en ir contra el de Anjou; y si algunos, como Guiraut d'Espanha o Peire Castelnou, creyeron en algún momento que el monarca francés se rodearía de trovadores y juglares, se vieron defraudados. Guilhem de Montanhagol, Granet, B. de Lamanon insisten en la falta de generosidad del fran-

cés, en las presiones económicas a las que se ven sometidas las ciudades, los recortes en las pensiones de los grandes señores y su total indiferencia ante los problemas provenzales que delega en sus *bailes* franceses. Las críticas a la administración angevina, a la pasividad de algunos provenzales y su concreta situación personal, incitan a Bonifacio de Castellana a componer sus *sirventeses*, y también a empuñar su espada para apoyar la sublevación de Marsella en 1262 y defender su castillo asediado.

La biografía y la trayectoria política de B. de Lamanon están seguidas puntualmente por M. Aurell. Si en un principio el trovador se adhirió al séquito del angevino y participó en la campaña de Italia luego critica duramente la administración capeta, como también había hecho con la de Ramón Berrenguer V. Sus canciones, que aluden a una edad de oro pasada, presagian una realidad: la desaparición también de los trovadores de las cortes que ahora están ocupadas por la casa capeta.

Después de la batalla de Benevento (1266), Carlos de Anjou, siempre apoyado por el papa Urbano IV, se convierte en rey de Nápoles desposeyendo a la dinastía Hohenstaufen tan admirada por provenzales y catalanes. Este hecho también levanta las voces airadas de los trovadores: Raimon de Tors, P. de Marselha, y Percival Doria dan muestras de un intenso gibelinismo al alternar los elogios a Manfredo de Sicilia y su aversión al angevino y las críticas a la *falsa clerzia*. En Tagliacozzo (1268), la rebelión de los sicilianos queda aplastada por las tropas de Carlos de Anjou que se comporta muy cruelmente con los cabecillas. Los cantos de los trovadores se elevan, sobre todo, para pedir la libertad del infante don Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X, en el que veían el ideal de toda una época, y en Carlos la imagen de todo lo opuesto.

Este malestar e inseguridad que se transparenta en las canciones de estos trovadores hace que, algunos de ellos, tengan que exiliarse y acogerse como *falditz* en la corte de Barcelona, como hicieron G. de Montanhagol, B. de Castellana, P. de Marselha y Ramon de Miraval. Desde el territorio de la Corona de Aragón los trovadores provenzales reivindican los derechos de esta Casa en el Mediterráneo y justifican cualquier hostilidad contra los capetos y el Papa.

Además del angevino otra de las obsesiones en las críticas de estos mismos trovadores es la de los clérigos. Este capítulo, escrupulosamente estudiado por M. Aurell, es todo un ensayo sobre las acusaciones directas y concretas de los trovadores contra los *fals clerics*, y cuyas raíces están en la reforma gregoriana que los predicadores ya habían explotado. Críticas al afán de lucro, a la hipocresía y a los vicios de los clérigos. Pero este virulento anticlericalismo no supuso nunca irreligiosidad ni adhesión a alguna herejía particular, sólo concierne a la corrupción de los clérigos por el ejercicio directo del poder político. De la misma manera que las canciones de amor, las de contenido anticlerical tuvieron también una amplia difusión por el Languedoc en el siglo XIII. La ideología política y religiosa se adecuaron al lenguaje simple, pero directo y más o menos formulario, del *sirventés*, género panfletario por excelencia: las canciones sobrevivieron a sus autores, el pueblo las pasaba de boca en boca, los procesos inquisitoriales que ha exhumado M. Aurell dan buena prueba de ello. Las canciones contribuyeron al descrédito de los clérigos y a la desconfianza de la Iglesia que caracterizó las ideas religiosas de la Baja Edad Media.

La vida del *sirventés*, pero también la de los otros géneros, *cansò*, alba, pastorela, y debates poéticos, empieza a extinguirse a finales del siglo XIII, cuando la dinastía francesa triunfa definitivamente en el sur de las Galias. Se impone la lengua de oïl, ni a la corte ni a la nobleza les interesa la poesía: la época de los trovadores ha pasado.

Pero no acaba aquí el libro de Martin Aurell. El historiador incluye como Anexos, diez canciones políticas del siglo XIII en edición bilingüe; son el testimonio literario de unos setenta años de intensa y crucial actividad política y poética en el sur de Francia. A continuación un valioso y completo índice: las numerosas fuentes inéditas exhumadas por el autor para este estudio, y para otros que ha realizado con anterioridad, y las impresas, divididas en literarias y diplomáticas. La completa bibliografía y un útil Glosario de algunos términos provenzales y latinos que han aparecido en el libro; y los índices Onomásticos y Toponímicos.

Pero, además, a lo largo del libro aparecen cuadros genealógicos, listas de personajes citados en los textos líricos, reproducciones de sellos, epitafios, etc., que demuestran la intención de facilitar de una manera aparentemente simple al lector, el trabajo riguroso del investigador experimentado.

Con *La vieille et l'épée* de Martín Aurell, el filólogo confirma la importancia del trovador como eficaz portavoz de estados de opinión, y el historiador puede ver en estas canciones comprometidas con un momento determinado de la historia, un campo de investigación muy digno de tener en cuenta.

ISABEL DE RIQUER

CIPLIJAUSKAITÉ, Biruté: *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*, Anthropos, Barcelona, 1988.

La literatura escrita por mujeres de los últimos años ha sido a la vez un ámbito de experimentación, un tema de polémica y de teorización. Su actualidad, el propio período de gestación, las aportaciones al uso y la práctica de la literatura revierten en el atractivo del tema, no sólo por la nueva opción literaria que representa, sino como manifestación social. La hispanista B. Ciplijauskaité presenta en su estudio un panorama de lo que ha llegado a producir en estos últimos quince años la literatura escrita por mujeres en los países europeos (España, Francia, Inglaterra, Italia, Portugal, Alemania), sin dejar de aludir a un punto esencial: ¿Existe algo que se pueda llamar escritura femenina? La cuestión es contestada sincera y directamente por la autora: «el problema sigue aún sin resolver» (p. 9). Pero este «impedimento» ofrece un mayor interés a esta producción literaria que, en período de evolución y, por tanto, de teorización, tiene el atractivo de la polémica, de lo vivo.

El método de estudio «para formular observaciones generales», está fundamentado en dos acertadas premisas: la primera es el repaso de la crítica existente sobre el tema; la segunda es abarcar el mayor número de obras de ficción (unas 600 obras), lo que le permite a la autora reflejar la evolución y poseer elementos de juicio suficientes. Las novelas que forman el corpus novelístico del estudio comparten una serie de características comunes: han sido escritas en primera persona, promulgan aspectos innovadores, son escritas por mujeres que escriben conscientemente de serlo; a la vez que están dentro del límite temporal de los últimos quince años y han sido leídas en su lengua original por la autora.

La lectura del libro ofrece un campo abierto al estudio; la divulgación ocupa un lugar destacado, indicando a la vez un posible camino a seguir: «Más que sugerir soluciones he intentado apuntar algunos fenómenos en proceso de formación, con la esperanza de que las preguntas que se plantean y la bibliografía reunida puedan ser útiles para trabajos ulteriores» (p. 9). La autora a través de los innumerables datos recogidos, ha ido dando forma y sentido a su exposición sin dejar de lado la constatación a través de los textos seleccionados y apoyándose o simplemente recogiendo otras opiniones, siempre remitiendo, mediante las notas y de forma clara, a la bibliografía consultada. Ésta aparece al final de cada capítulo, agrupándola así por temas, facilitando la consulta. Ofrece otra bibliografía general al final del libro, subdividida en: I. Obras de ficción y II. Teoría y estudios generales. Todo ello facilita la labor de posibles trabajos que la disponibilidad del tema sugiere, a pesar de la dificultad advertida: «Ahora están empezando a escribir hacia el futuro, lo cual hace la tarea de definir este estilo aún más difícil, ya que no sólo no se puede adivinar qué caminos seguirá la escritura, sino tampoco se puede prever a qué caminos se someterá la estructura de la sociedad, que la literatura habrá de reflejar» (p. 224).

En el desarrollo de su exposición B. Ciplijauskaité parte de la novela femenina como